

verso dominado por la producción de investigaciones muy locales, regionales o microhistóricas, Mazín lanza la propuesta de buscar en las más profundas raíces de nuestra cultura occidental de la cual el mundo hispánico forma parte, aquellas líneas que alimentaron las nuevas sociedades, las forjaron y al mismo tiempo fueron modificadas por ellas. Las tradiciones del derecho, de los usos y costumbres, lengua, religión, grandes enfoques de larga duración y con la pretensión de ser comparativos. Como él mismo dice, la tarea es inmensa y ambiciosa, pero alguien tiene que comenzar y posiblemente sean muchos los que se sientan invitados a esta mesa.

La sección bibliográfica se corresponde con cada una de estas cinco entradas que se acaban de mencionar, además de una primera con obras de interés general. Cada uno de los 549 títulos está acompañado por un sucinto resumen que, junto con los índices, convierten a *Una ventana al mundo hispánico* en un ineludible instrumento de consulta y un acceso a la reflexión sobre el mundo trasatlántico. Ediciones de Miguel Ángel del siglo XXI. nelly@colmich.edu.mx

MARÍA TERESA VALDIVIA DOUNCE, *ENTRE YORIS Y GUARIJOS. CRÓNICAS SOBRE EL QUEHACER ANTROPOLÓGICO*, MÉXICO, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS, 2007, 261 P.

Hace ya muchos años, en un libro que ahora pocos leen, Nigel Barley retrató con trazos puntuales y un tanto irónicos los obstáculos que enfrentaban los antropólogos sociales en el desarrollo de sus proyectos de investigación, desde las trabas burocráticas de las universidades hasta las múltiples eventualidades que padecían durante las temporadas de campo; asimismo, destacó las dificultades más recurrentes que se presentaban al adentrarse en las regiones indígenas del mundo, donde solían enfrentarse —más que a una alteridad cultural contrastante— a condiciones de extrema pobreza, explotación, injusticia, violencia y clientelismo institucional que eran imposibles pasar por alto; por si esto no bastara, también refirió la urgencia de los antropólogos por investigar los factores que propiciaban esa realidad y poner en práctica una estrategia que permitiera, por un lado, diseñar las posibles soluciones gubernamentales al problema y, por otro lado, contribuir a una discusión teórica y académica sobre el tema en cuestión. Para ilustrar estos hechos, el mismo

Barley refirió que echaba mucho de menos el haber desperdiciado tantas horas de clase –en su formación como profesional– atendiendo múltiples libros de teoría y omitiendo las enriquecedoras experiencias que habían acumulado sus maestros en el campo, pues tal vez de haber atendido dichas experiencias hubiera comprendido “cómo lidiar con la delincuencia, la burocracia y las enfermedades en África, y hubiera logrado descifrar por qué mi presencia les causaba tanta gracia a los informantes, al grado que me tomaban fotografías con un cuenco roto, simulaban tomar apuntes con hojas de palmeras e incluso no dudaban en insultarme [...] cuando trataba de asumir partido por ellos [...]”¹

Quise aludir a este texto, pues creo que bien puede servir de epígrafe a la obra que ahora reseño. Tras varias décadas de paciente investigación entre los guarijíos de Sonora, y tras varios años de experiencia como funcionaria indigenista, Teresa Valdivia nos ha dado un cuadro no sólo del quehacer antropológico en una de las zonas indígenas más marginadas y aisladas de México, sino también de los múltiples problemas a los que se enfrentan constantemente los antropólogos en el

campo y que no se resuelven con las lecturas de teoría social. De ahí que la autora advierta desde un inicio que *Entre yoris y guarijíos* no es propiamente un estudio etnográfico, sino más bien un acercamiento de los motivos y las perspectivas que el antropólogo y los actores culturales asumen durante el proceso de trabajo de campo.

Es de advertir que este libro se distingue por reunir tres largos ensayos –“Sierra de nadie”, “Como una huella pintada” y “Sobre los testimonios indígenas y la tarea antropológica al editarlos”– que aparecieron publicados de manera independiente entre 1992 y 1994, y que dan cuenta del compromiso social del antropólogo y de la utilidad de la antropología para solucionar los grandes problemas nacionales. En el caso de “Sierra de nadie”, se trata de un texto novedoso que retrata en primera persona la perspectiva del autor sobre la apremiada realidad de los guarijíos y las difusas políticas indigenistas que implementaba el Estado mexicano. Si bien es cierto que no se trata de un estudio etnográfico, también es verdad que “Sierra de nadie” es el primer trabajo científico que retrata –con un enfoque antropológico y literario– las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales que prevalecen en el territorio guarijío; asimismo, pone al descubierto las complejas relaciones interétnicas que se

¹ Nigel Barley, *El antropólogo inocente*, Barcelona, Anagrama, 1997, 108-109.

tejen entre los pueblos indígenas y los vecinos yoris de la región –rancheros, comerciantes y ganaderos no indígenas–; de paso, alude el devenir histórico de los guarijíos y sus raíces ancestrales con los grupos tarahumaras, mayos y yaquis. Debo subrayar que este ensayo pone al descubierto el gran vacío histórico y antropológico que existe sobre los grupos indígenas que habitan la cuenca alta del río mayo y la denominada sierra baja tarahumara. No obstante, el énfasis de este ensayo se centra en la lucha que protagonizaron los indígenas contra los yoris –desde 1977 hasta 1990– por el acceso y control de tierras cultivables. Dado esto, no es casualidad que “Sierra de nadie” registre minuciosamente los factores e intereses que orillaron a los guarijíos a vivir desprovistos de tierras y al amparo de la violencia, el racismo y la indiferencia de los yoris y funcionarios gubernamentales. En el marco de este ejercicio analítico, la autora tiene la sensibilidad y la astucia de retratar la persistencia –en pleno siglo xx– de aquellas viejas formas que posibilitaron el despojo de la propiedad, la extracción de la producción y la explotación de la energía indígena, vía el peonaje, el avío o la habilitación, y la adjudicación de bienes.

A lo largo de estas páginas, hay también un profundo cuestionamiento sobre el papel que cumplen los an-

tropólogos al implementar las políticas indigenistas, especialmente en aquellas zonas donde el Estado ha posibilitado la emergencia de una elite regional –yori, en su mayoría– que controla el acceso de programas gubernamentales, la presencia de funcionarios públicos, el desarrollo de programas productivos y el flujo de información. Cabe decir que la trama compleja de estas denuncias no sólo se reducen al testimonio vertido por la autora, sino también a las múltiples voces indígenas que sirven de interlocutores y, ante todo, ofrecen una postura sumamente clara para mirar con ojos más críticos la labor que desempeña el Estado en las regiones indígenas de México. De hecho, estas voces indígenas le ayudaron a la autora a elaborar el segundo ensayo de este libro: “Como una huella pintada”, un trabajo donde Teresa Valdivia recoge la voz de uno de los más lúcidos y activos dirigentes guarijíos –Cipriano Buitimea– acerca de la cultura indígena, la memoria histórica del grupo y la lucha agraria que protagonizaron contra los yoris desde 1977 hasta 1990. La gran virtud de este trabajo radica en el profesionalismo de la autora para registrar la voz indígena, respetar las particularidades de un castellano marcado por el acento rural y dejar al descubierto la tersura del relato –circular y arrítmico– de Cipriano Buitimea.

Debe tenerse presente que este esfuerzo profesional de rescatar la “voz de los sin voz”, obligó a la autora formular una reflexión metodológica que le permitiera recuperar “una lectura de la realidad distinta de la que auspicia el poder y sus detentadores: la que suelen realizar las mayorías silenciosas desde la necesidad, la subordinación, la explotación [...]” Dicho esfuerzo profesional fue documentado en el tercer y último ensayo: “Sobre los testimonios indígenas y la tarea antropológica al editarlos”, un trabajo que –parafraseando a Andrés Medina– sitúa al lector en el centro mismo del andamiaje antropológico y literario, y lo conduce a distinguir la originalidad del trabajo desplegado.

Desde esta perspectiva, puede decirse que los trabajos de Teresa Valdivia parecen una selección particularmente apropiada para mostrar el quehacer antropológico en el campo de estudio; de ahí que sean trabajos incisivos, altamente originales y con una amplia recepción en el mundo académico. Estos escritos también son muy sugerentes ya que proveen un excelente puente entre los trabajos que rayan en lo teórico y abstracto, y los trabajos que son tan implacablemente empíricos que se reducen a una mera recopilación de datos. Teresa Valdivia tiene la virtud de practicar un quehacer antropológico que es a la vez teóri-

co y arraigado en la investigación empírica, cuidadosa y atenta a los problemas sociales.

Finalmente, *Entre yoris y guarijíos* tiene dos aportes extras a los ensayos referidos. Primeramente, una excelente estudio preliminar a cargo de Andrés Medina Hernández que –entre otras cosas– nos permite rastrear los orígenes y la evolución de la etnografía en México, la postura crítica que asume toda una generación de profesionales respecto a las políticas indigenistas y el quehacer antropológico, y las difusas fronteras que suelen existir entre los trabajos propiamente etnográficos y la literatura inspirada en el mundo rural. En segundo lugar, incluye una recopilación bibliográfica y hemerográfica sobre los estudios que con un enfoque económico, etnológico, geográfico, histórico, lingüístico y periodístico se han elaborado sobre los guarijíos de Sonora. Sobra decir que *Entre yoris y guarijíos* es una obra indispensable que viene a completar el gran vacío que existe sobre la antropología aplicada, en general, y los grupos indígenas del norte de México, en particular.

Luis Alberto Arrijoa Díaz Viruell
 Universidad Autónoma
 Metropolitana-Azcapotzalco
 luisarrijoa@yahoo.com